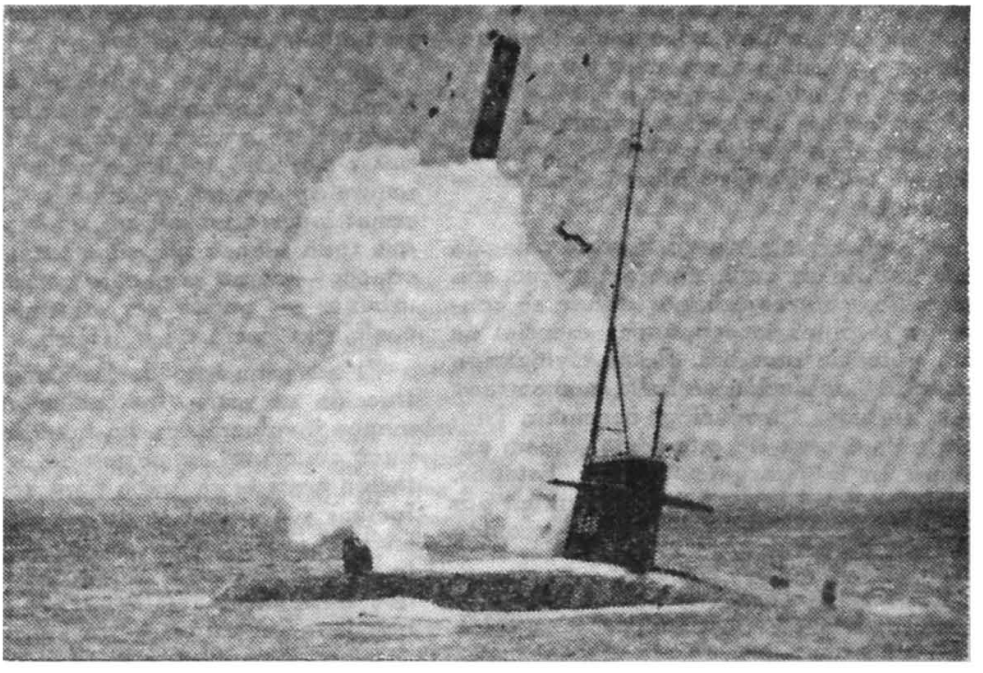
Las armas nucleares y la estrategia

La Historia nos enseña que de invenciones modestas sobrevienen enormes consecuencias políticas y sociales. Remontándose sólo hasta el siglo VII, el estribo, una invención china, aseguró la supremacía militar de los mongoles, dándole a la caballería un papel que ni los griegos ni los romanos, con sus vastos imperios, habían reconocido. Gracias a la invención del estribo, la caballería pudo dominar el campo de batalla, pero subsiguientes desarrollos en blindaje durante la época medieval causaron que los ejércitos perdieran su movilidad estratégica y, por lo tanto, se disipó la ventaja militar.

Aunque la Historia demuestra que las innovaciones han cambiado las técnicas del combate grandemente, el arte de la guerra ha cambiado poco en cinco siglos. A pesar del Marqués de Vauban, Federico el Grande, el Conde Guibert, Napoleón Bonaparte, Ferdinand Foch y Dwight D. Eisenhower, la guerra es todavía un asunto de números. Vauban le dio énfasis a la defensa. Federico descubrió los efectos positivos del fuego concentrado. Napoleón movió sus ejércitos desde un confín de Europa hasta el otro, multiplicando la potencia de fuego por medio de la movilidad. Más tarde, las ametralladoras forzaron a los combatientes a atrincherarse, hasta que los tanques restituyeron la movilidad. Hoy los aviones, conjuntamente con los tanques, proveen múltiple movilidad y potencia de fuego, y el ataque prevalece sobre la defensa.

Pero al igual que hace cinco siglos, el objeto es reunir un máximo de tropas, cada una con potencial destructivo relativamente débil. Los adversarios en la guerra tratan de prevalecer el uno sobre el otro reuniendo hombres por millones y poniéndolos a dirigir millones más de aviones, tanques y cañones.

Pero la fusión, y más tarde la fisión, del átomo en 1945 revolucionó la guerra completamente. El conflicto armado era ahora no sólo el problema de llevar un ejército al campo para combatir, sino también el de exponer la nación a la destrucción. En Oriente así como en Occidente, el monolito de la protección militar era un riesgo cada vez mayor. El problema es conocer las aptitudes de las ar-



Lanzamiento de un misil "Polaris". Según el autor, la combinación armas nucleares-misiles estratégicos ha revolucionado el concepto de guerra.

Por

Pierre M. GALLOIS

General de la Fuerza Aérea Francesa (R).

mas y sus consecuencias políticas y diplomáticas en el panorama internacional.

Después de más de dos décadas, su impacto aún no se comprende completamente ni en su esencia ni en su implicación. Sin embargo, deberíamos tener presente que tres siglos después de Crecy, soldados aún usaban armaduras caducadas con el advenimiento de las armas de fuego, y que la lanza sobrevivió hasta la Segunda Guerra Mundial. En 1937, un manual del Ejército británico contenía 33 páginas sobre el mantenimiento del sable y la pica. Por consiguiente, nada tiene de misterio el que los jefes de Estado y el público mal entiendan lo que significa la revolución nuclear.

Centros urbanos

El nuevo sistema de armas consiste esencialmente en un dispositivo nuclear y un vehículo de lanzamiento. La poten-

cia de las armas nucleares teóricamente no tiene límite. Las cabezas de combate nucleares que hay ahora mismo en los arsenales de Estados Unidos y la Unión Soviética pueden destruir las ciudades más grandes: Los Angeles, Tokio, Londres, Nueva York, París y Moscú son todas vulnerables.

Al aplicar este nuevo aspecto de la vulnerabilidad, cabe considerar que son pocos los centros urbanos donde se concentra la potencia económica esencial de una potencia mundial. En la civilización actual, la población se halla concentrada para trabajar, producir y consumir. Ningún país escapa de esta regla. En un extremo en la jerarquía de los Estados, China, y en el otro, Suiza, dependen por igual, para su desarrollo, de la reunión de personas y mercancías.

Las respectivas aglomeraciones —científica, industrial, económica y social— esenciales para el progreso se concentran todas en centros urbanos. En Estados Unidos, 54 zonas urbanas contienen el 60 por ciento de las industrias. La concentración industrial en la Unión Soviética es casi igual, con 50 centros vitales, mientras que China Comunista tiene 52.

Esta concentración significa que existe cierta igualación en la vulnerabilidad de las naciones ya sean grandes o pequeñas. Por ejemplo, China tiene, quizás, 10 veces más centros vitales que Suiza, pero a un agresor potencial, con un arsenal de 200 misiles balísticos con cabezas de combate nucleares, no le haría ninguna diferencia lanzar 50 misiles contra China o cinco o seis contra Suiza.

Consecuencias

La tremenda potencia destructiva de las armas nucleares tiene las siguientes consecuencias importantes, las cuales han revolucionado la guerra:

- No sólo son vulnerables los productos de una nación, sino que también se pueden destruir con igual facilidad sus instalaciones para la producción, las comunicaciones y la población.

- Todos los países han quedado al mismo nivel de vulnerabilidad.

- La previa movilización no disuade la agresión. Un pequeño número de armas nucleares pueden aniquilar, con un ataque por sorpresa los recursos que haya movilizado un Estado.

- Con misiles balísticos como vehículos de lanzamiento, se reduce brutalmente el tiempo de reacción y se pueden pasar por alto totalmente los obstáculos naturales, océanos, montañas, desiertos y condiciones atmosféricas. El resultado es que todo blanco fijo cuya localización se conoce —como es el caso con los centros urbanos— puede ser destruido desde cualquiera parte de la Tierra.

El advenimiento de las armas de destrucción en masa, las cuales son más o menos invulnerables, ha invertido un antiguo concepto. En el pasado, la confrontación armada se usaba para aniquilar las fuerzas y apoderarse de las instalaciones enemigas. Hoy día, son las instalaciones lo que se destruye, y son las fuerzas lo que permanece relativamente invulnerable. Esta inversión raya en lo absurdo.

Si el objeto de la guerra es la conquista o neutralización de instalaciones del adversario, es la destrucción de las fuerzas enemigas lo que provee los medios. Así pues, se racionaliza la confrontación armada y, como recalcara Karl von Clausewitz, ésta es sólo una continuación de la política por otros medios.

Mas, las instalaciones se aniquilan con las nuevas armas, el recurrir a la fuerza pierde toda su racionalidad. Es por eso que, con las condiciones técnicas y militares que existen hoy día, evidentemente no se puede contemplar una confrontación armada directa entre potencias nucleares. Esta es también la razón por qué las alianzas militares enfrentadas con una potencia nuclear pierden alguna de su eficacia, puesto que el duelo nuclear sería un suicidio para ambas partes.

Las mismas medidas se usaron por siglos para definir la potencia militar de naciones. En el siglo XX, por la marcada industrialización de la confrontación armada, basta contar los buques de guerra, cañones, tanques, aviones y combatientes, para determinar la posición que una nación debería ocupar entre las potencias militares.

Tres categorías

El desarrollo de las armas nucleares ha agrupado las naciones del mundo en tres categorías de potencia relativa.

La primera categoría consiste en los países que pueden poner en práctica una política de poderío, es decir, garantizar su propia seguridad y también intervenir fuera de su propio territorio. En la actualidad, sólo los Estados Unidos y la Unión Soviética califican plenamente en este respecto. Sus grandes arsenales nucleares les imparten una condición de "manos afuera" que, como se ha visto, produce una coexistencia pacífica forzosa. Pero eso no les impide participar ocasionalmente en guerras convencionales por medio de algún otro país, como ocurre en Vietnam.

La segunda categoría es la de países que tienen algunas armas nucleares y, por consiguiente, los medios de garantizar su propia seguridad e integridad territorial, pero que no poseen la aptitud para emprender acción armada en gran escala en otras partes del mundo. En esta categoría figuran Gran Bretaña —la cual ha abandonado la idea de intervenir al Este de Suez— y Francia. Estos países sólo pueden conducir una política de defensa, no más una política de poderío, y mucho menos una de gran potencia. Sin embargo, aún tienen cierta influencia política en el resto del mundo.

Por último, la tercera categoría incluye los países que pertenecen a la jerarquía de potencias, pero que sólo tienen armamento convencional. Entre sí, estos países están sujetos a las antiguas leyes de equilibrio de fuerzas convencionales. Poco pueden hacer ellos en sus relaciones con las otras dos categorías, y sólo pueden constituir áreas de influencia para uno o el otro de los países más poderosos.

China Roja es un caso especial. No ha llegado todavía a ser miembro en pleno de la primera categoría debido a la falta de vehículos de lanzamiento complejos para armas nucleares, o aun convencionales. En su actuar tiene que moderar su beligerancia con la prudencia, como es evidente en los asuntos del sudeste de Asia.

Neutralidad armada

El único antídoto eficaz contra las armas nucleares es la guerra de guerrillas. Es evidente que un creciente número de naciones siguen las leyes de la nueva era. La aptitud de las dos grandes potencias para preservar sus respectivas hegemonías ha perdido credibilidad. Ellas han abierto una "caja de Pandora" y ahora no pueden cerrarla y disipar las nuevas verdades que ella contiene.

Las naciones comprenden ahora que ya no precisan abanderizarse a uno ni al otro lado para su seguridad. Entre la Unión Soviética y Estados Unidos parece haberse establecido una forma de neutralidad armada, un equilibrio de prudencia, no de terror. Tal como ciertas vacunas eliminan ciertas enfermedades, las armas nucleares han eliminado cierta forma de guerra extremada llamada general.

En efecto, las nuevas armas les han permitido a algunas naciones erigir un refugio inviolable y así aislar sus propios territorios de la guerra. Así amparadas, pueden fomentar disturbios y desencadenar crisis sin riesgo.

De esta manera, ellas mantienen su influencia y defienden sus intereses mediante guerras marginales, las cuales se pueden perder sin comprometer los intereses nacionales. Esto se manifiesta en cierta agresividad y es una de las razones para la creciente inestabilidad del resto del mundo. En estos últimos 20 años, el número de las guerras, golpes e insurrecciones ha saltado de tres o cuatro al año a 10 ó 12.

Anteriormente, las naciones más ricas empleaban la fuerza unas contra otras, buscando promover así su poderío. Hoy, presenciamos lo contrario. La riqueza y poderío producen paz, mientras los intereses contradictorios entre las naciones pobres crean confrontaciones. Por lo tanto, existe una creciente estabilidad entre las potencias nucleares y, desafortunadamente, un aumento en la inestabilidad entre las naciones subdesarrolladas, en las cuales recae la carga del conflicto de intereses.

(De la "Military Review", de Mayo de 1970).